

LIBRO VEINTE Y TRES.

SUMARIO.

Sintiendo Idomeneo que la partida de sus huéspedes se verificase ántes de lo que quisiera, pensó en retardarla, manifestando á Mentor que le era imposible sin su consejo despachar una multitud de negocios de mucha consideracion. Propónele Mentor las reglas que en ello debe observar, é insiste en volver á Telémaco á su patria. Proyecta Idomeneo retenerlos excitando la pasion que Telémaco tenia á su hija. Convidales á una cazería, y hace que tambien asista Antiope, la cual hubiera sido despedazada por un javalí sin el socorro de Telémaco. Siente este despues dejarla, no ménos que el pedir licencia al rey su padre para retirarse; pero esforzado por Mentor hace lo uno y lo otro, y se embarca felizmente.

TEMIA Idomeneo que llegase el momento de que partiesen Telémaco y Mentor, y así pensaba en los medios de retardarle. Espúsole á este que le era imposible sin su consejo arreglar una competencia suscitada entre Diofanes, sacerdote de Júpiter, conservador, y Heliodoro, que lo era de Apolo, sobre los presagios que anuncian el vuelo de las aves, y las entrañas de las víctimas.

¿Y porqué, le respondió Mentor, os habeis vos de mezclar en las materias sagradas? Dejad la decision de ellas á los Etrurios que saben la tradicion de los mas antiguos oráculos, y que estan inspirados para ser los in-

térpretes de los dioses. A vos solo toca emplear vuestra autoridad en sofocar estas disputas luego que nacen; pero sin dar muestras de parcialidad ni predileccion, contentándoos con apoyar la decision cuando se verifique; tened presente que un rey debe someterse á la religion, y nunca darla reglas: la religion emana de los dioses, y es superior á los reyes, los cuales si se mezclan en los asuntos de ella en lugar de protegerla, la esclavizan; porque es tanto su poder, y tan poco el del resto de los hombres, que si toman parte en semejantes cuestiones, estan muy espuestas á sufrir en la decision mil alteraciones, solo por complacerles. Dejad, pues, que las decidan con libertad los amigos de los dioses, y limitad vuestra autoridad únicamente á reprimir á los que no se sujeten á su juicio, pronuaciado que sea.

Lamentóse despues Idomeneo del embarazo en que le tenia un gran número de procesos particulares, sobre cuya decision se le instaba.

Decidid, le respondió Mentor, los casos nuevos que ocurran, y en que sea necesario establecer máximas generales de jurisprudencia, ó interpretar las leyes ya establecidas, pero no los asuntos comunes; porque fueran tantos los que os vendrian, que os oprimieran: vos fuerais solo á juzgar los pleitos de todo vuestro reino, y los que debian hacerlo estarian ociosos, y serian inútiles. Ademas de que no bastaríais vos solo á juzgarlos, os absorverian el tiempo que debíais destinar á la meditacion y arreglo de los grandes negocios. Guardaos pues de incurrir en este defecto: cometed la decision de las causas de los particulares á los jueces ordinarios, y reservad para vos solo aquello que no es posible que otro haga; y entónces será cuando ejerzais las verdaderas funciones de rey.

Me instan también, dijo Idomeneo, para que contribuya á que se celebren ciertos matrimonios. Varios sujetos de un ilustre nacimiento, que me han seguido en todas mis expediciones, y que han sacrificado cuantiosos bienes en mi servicio, quisieran, como una especie de recompensa, casarse con ciertas doncellas ricas; y á mí no me costaría el proporcionársela mas que hablar una palabra.

Yo creo muy bien, le respondió Mentor, que nada mas os costaría; pero no os dejaría de estar bien cara esa sola palabra. ¿Porqué habeis de quitar á los padres la libertad y el consuelo de escoger maridos á sus hijas, y por consiguiente quien los herede? Esto fuera tener á las familias en la mas rigurosa esclavitud, y hacerlos responsables de todas las desgracias domésticas de vuestros ciudadanos. Demasiados sinsabores hay en los matrimonios sin acibararlos mas. Si quereis recompensar la fidelidad de los que os han servido, dadles tierras incultas, elevadlos con honores y distinciones proporcionados á su condicion y á su mérito; y si esto no basta, dadles algun dinero de lo que hayais economizado en los fondos destinados á vuestros gastos; pero nunca pagueis vuestras deudas sacrificando las doncellas ricas á pesar de sus padres.

Muy pronto le propuso Idomeneo otra dificultad: quejáuse, le dijo, los Sibaritas (1) de que les hemos usur-

(1) Los Sibaritas eran los pueblos de la antigua Sibari, ciudad de la grande Grecia en Italia, tan poderosa que tenia bajo su dominacion veinte y cinco otras ciudades con sus dependencias. Esta ciudad fué ruinada por los Crotoniatis, y se ven aun sus ruinas con el nombre de *Sibariti rovinata*, en la Calabria citerior.

pado algunas tierras, y que como montuosas é incultas las hemos dado á los estrangeros que de poco tiempo á esta parte nos hemos atraído. ¿Cederé á sus pretensiones? Si lo hago, daré márgen á que crean las demas naciones que para conseguir de nosotros hasta solicitarlo.

Está bien, le respondió Mentor, que no se les crea á los Sibaritas en su propia causa; pero tampoco es justo creeros á vos en la vuestra. ¿Pues á quien hemos de creer? replicó Idomeneo. A ninguno de los dos, prosiguió Mentor: y en este caso es necesario sujetarse á la decision de una nacion vecina que no sea sospechosa á los interesados; tal es la de los Sipontinos: ningun interes tienen contrario á los vuestros.

¿Y porqué, repuso Idomeneo, me he de sujetar á la decision de ningun árbitro? ¿acaso no soy yo rey? ¿pues porque un soberano se ha de someter al juicio de ningun otro cuando se trata de la estension de sus dominios?

Mentor continuó así su discurso: Pues que vos no quereis ceder, es preciso que creais que vuestro derecho es incontrastable: por otra parte sostienen los Sibaritas que lo es él suyo, y no quieren ceder tampoco: con que, que arbitrio? Elegir un árbitro que ajuste vuestras diferencias, ó remitir la decision á la suerte de las armas: no hay otro medio. Pues ahora bien, ¿si entraséis en una república que no tuviese magistrados ni jueces, y en la que cada familia creyese que la era lícito emplear la violencia para hacerse justicia en las diferencias que con sus vecinos se la suscitasen, no os compadeceria la suerte de tal nacion, y os horrorizaria un desórden en que todas las familias necesitasen armarse unas contra otras? ¿pues porque habeis de creer que miren los dioses con ménos horror al mundo entero, que es la república universal, si cada nacion, que no es en él mas que como una gran fami-

lia, cree que impunemente puede valerse de la violencia para hacerse justicia contra las otras naciones vecinas? Si un particular se mantiene en la posesion de una tierra heredada de sus antepasados, no es sino por la autoridad de las leyes, y por la decision de un magistrado; y se le castigaria como á sedicioso, si se valiese de la fuerza para conservar lo que debe á la justicia. ¿Pues cómo les ha de ser permitido á los reyes que empleen desde luego la violencia sin haber apurado todos los medios que dicta la humanidad? ¿Acaso no es mas sagrada é inviolable á los reyes la justicia cuando se disputan paises enteros, que lo es para las familias respecto de una heredad? Si el que se apropia una pequeña porcion de tierra es un sedicioso, un usurpador, ¿qué nombre darémos al que se apodera de provincias enteras? ¿le calificaremos de justo y de héroe? decidlo vos. Por otra parte si bastan los pequeños negocios de los particulares para que un rey tomé insensiblemente partido, se ciegue y se engañe, ¿con cuanta mas razon debe temer que le suceda cuando se trata de los grandes intereses del estado? ¿Porqué un soberano se ha de llevar de su opinion en una materia en que debiera desconfiar tanto de sí mismo? ¿porqué no temerá engañarse cuando su error puede producir las mas horribosas consecuencias? El error de un rey suele causar devastaciones, hambres, muertes, pérdidas y la depravacion de costumbres, cuyos lastimosos efectos pasan de siglo en siglo hasta la mas remota posteridad. Un rey siempre rodeado de semejantes circunstancias? Conviniéndose pues en la decision de un árbitro, da una prueba de su equidad, de su buena fé y de su moderacion, y hace públicas las sólidas razones en que apoya su derecho. El árbitro es un

amable mediador, no un riguroso juez: el elegirle no es someterse ciegamente á sus decisiones: ni pronuncia una sentencia como juez supremo, sino que aconseja, media é interpone sus respetos para que se haga algun sacrificio en obsequio de la paz. Mas si á pesar de las diligencias que un rey practica para conservarla, se vé en la necesidad de sufrir ó hacer la guerra, tiene por lo ménos á su favor el testimonio de su conciencia, la estimacion de sus vecinos, y la justa proteccion de los dioses. Persuadido Idomeneo de la fuerza de estas razones, consintió en que los Sipontinos fuesen mediadores entre él y los Sibaritas.

Pero viendo que se le frustraban todos los medios de que se valia para retener á sus huéspedes, pensó en otro sin duda mas poderoso. Habia notado la inclinacion de Telémaco á Antiope, y creyó que excitando esta pasion lograria retenerle. A este fin la hizo cantar muchas veces en los festines, y ella lo hizo por no desobedecer á su padre; pero con tanta modestia y tristeza, que se conocia lo mucho que padecia por obedecer. Llegó Idomeneo hasta el extremo de querer que cantase la victoria alcanzada sobre los Danienses y sobre Adrasto; mas ella no pudo resolverse á cantar las alabanzas de Telémaco: se escusó con respeto, y su padre no se atrevió á instarla. La dulzura y melodia de su voz se insinuaban tanto en el corazon de aquel jóven, que todo estaba conmovido; y alegre Idomeneo notando su turbacion. Telémaco hacia como que no entendia los designios del rey, por mas que le costaba disimularlo; pero ya era en él la razon superior á sus sentimientos: no era aquel mismo Telémaco, á quien una tiránica pasion habia esclavizado en la isla de Calipso. Miéntras cantaba Antiope, guardaba

un profundo silencio; y en los intervalos procuraba que recayese la conversacion sobre materias indiferentes.

No pudiendo el rey conseguir tampoco por este medio lo que deseaba, emprendió por último una carcería en obsequio de su hija. Lloro Antiope, se escusa de asistir á ella; pero la es preciso ceder al empeño de su padre. Sube en un fogoso caballo semejante á los que Castor domaba para la guerra, y le maneja con desembarazo: siguela una numerosa comitiva de doncellas, en medio de las cuales brillaba tanto como Diana en las selvas. La vé el rey, y no se harta de mirarla: con su vista se le olvidan sus pasadas desgracias. La vé tambien Telémaco, mas prendado de su modestia que de su habilidad y de todas sus gracias.

Empezáron los lebreles á levantar la caza, y echaron un javalí de una corpulencia desmesurada, y tan furioso como él de Calidon: sus largas y erizadas cerdas mas parecian dardos; centelleábanle los ojos revueltos en sangre y fuego: oíanse desde léjos sus bufidos semejantes al sordo ruido que causan los vientos alterados, cuando les reprime Eolo, y les llama á su caverna para aplacar las tempestades: con los largos y encorvados colmillos, que mas eran cortantes hoces, tala los árboles, y destroza cuantos perros se atreven á acercársele: los mas osados cazadores que le persiguen no se atreven á herirle ni aun de léjos.

Pero Antiope, ligera como un viento, no duda acometerle de cerca; le espera, le lanza un dardo, y se le deja atravesado en la parte superior. Redóblase con la herida el furor del sañudo javalí, y se vuelve á buscar á quien se la hizo; le vé el caballo de Antiope,

y á pesar de su nobleza se asombra y retrocede: arrojase á él la monstruosa fiera con la misma violencia que caen sobre las murallas las formidables máquinas inventadas para destruirlas. Vacila el caballo, cae, y en su caída echa por tierra á la animosa Antiope, dejándola sin esperanza de evitar el sangriento colmillo con que para vengarse la busca la ofendida fiera. Mas Telémaco, atento al peligro de Antiope, estaba ya desmontado, y mas veloz que un relámpago se interpone entre el caballo caído y el javalí sangriento, que rabioso vuela á la venganza: llega, le esconde en un costado casi todo el dardo con que le espera, y cae muerta á sus pies aquella formidable víctima de su valor.

Córtale al instante la cabeza, que mirada de cerca, aun espanta y admira á los cazadores; se la presenta á Antiope, y ella avergonzada consulta con la vista á su padre, el cual despues de pasar de la mayor consternacion en que le puso el peligro de su hija á la mas viva alegría de verla fuera de él, la hizo seña de que la aceptase. Así lo hizo, diciéndole á Telémaco: Yo os quedo reconocida á otro presente mas estimable, cual es la vida. Apénas lo dijo, cuando temiendo haberse excedido, bajó los ojos; y Telémaco, viendo su turbacion, no se atrevió á decirle mas que estas palabras: ¡Dichoso el hijo de Ulises, pues ha conservado una vida tan preciosa! y mas dichoso aun, si pudiera pasar en vuestra compañía la suya! Antiope, sin responderle, se fué presurosamente á incorporar con sus compañeras, y volvió á subir á caballo. Desde aquel instante se la hubiera prometido Idomeneo; pero queria inflamar mas su pasion dejándole en la incertidumbre, y aun creyó que el deseo de asegurar su

casamiento podría retardar su partida; pero los dioses se burlan de la sabiduría de los hombres. Lo mismo que pensaba retendría á Telémaco, fué precisamente lo que le estimuló á partir: aquella alteracion que empezó á sentir en su espíritu, le puso en una justa desconfianza de sí mismo.

Mentor por otra parte redobló sus esfuerzos para inspirarle un deseo impaciente de volver á su patria, y al mismo tiempo instó á Idomeneo para que se lo permitiese, á cuyo fin tenia ya dispuesto un bajel, pues como arreglaba todos los momentos de la vida de Telémaco para elevarle al mas alto grado de gloria, no le detenia en cada pueblo mas de lo que necesitaba para ejércitar su virtud, ó para que adquiriese esperiencias. Mentor, pues, habia cuidado de preparar aquel bajel desde que llegó Telémaco.

Pero Idomeneo, que con sumo disgusto le habia visto aprestar, cayó en una tristeza mortal y en un abatimiento que movia á compasion, luego que vió que sus huéspedes, que tanto le habian favorecido, le iban á dejar. Encerrábase en los sitios mas oscuros de su palacio, y allí entre gemidos y sollozos desahogaba su corazon: olvidase de comer, le abandona el sueño, y poco á poco le va su desasosiego consumiendolo y estenuándolo. Semejante á un árbol, cuya robustez ha resistido á la violencia de los huracanes, que la tierra fecunda hace alarde de haber producido, y que siempre respetado del hacha del leñador, empieza á secarse sin saber la causa, porque es un oculto gusano el que le corroe los delicados tubos por donde se ramifica el jugo que le nutre; se marchita, sécanse sus ramos, se desnuda de las hojas que le hermocean, y no presenta mas que un tronco vestido de una

árida corteza: así pareció Idomeneo abatido de dolor.

Compadecido Telémaco no se atrevia á hablarle, ántes temiendo que llegase el dia de la partida, buscaba pretextos de dilatarla, y en esta irresolucion permaneciera mucho tiempo, si Mentor no le hubiera dicho: No sin gran satisfaccion mia te veo tan mudado: naciste altivo é insensible á todo lo que no interesaba tu comodidad; pero en fin ya eres verdaderamente hombre, pues con la esperiencia de tus trabajos empiezas á compadecerte de los agenos. El que no se compadece, no puede tener un corazon benéfico, ni virtud, ni ser á propósito para gobernar; mas este es un sentimiento que no se debe llevar tan al extremo que declina en flaqueza. Yo hablaria á Idomeneo pidiéndole permiso para partir, y te ahorraria de buena gana el disgusto que á tí te ha de causar el hacerlo; mas no apruebo que así te dejes dominar de una perniciosa vergüenza; por el contrario te debes acostumbrar á unir el valor y la firmeza con una amistad tierna y afectuosa. Justo es que no se afliga sin necesidad á los hombres, que se tome parte en sus penas cuando no hay medio de evitarlas, y que se desvie en lo posible el golpe que les amenaza cuando no se puede repararle enteramente. Pues porque á Idomeneo le fuera ménos sensible la noticia de nuestra partida, dijo Telémaco, es por lo que yo quisiera mas que la recibiese de vos que de mí.

Pero Mentor le respondió al instante: Te engañas, mi querido Telémaco; tú naciste en la opulencia como los hijos de los demas reyes: todo quieren que se haga á su gusto, y que la naturaleza entera se rinda á su voluntad, pero sin tener valor para oponerse á nadie cara á cara: no porque estimes en nada á los hom-

bres, ni tengan la bondad de sentir el afligirlos, sino porque les incomoda ver á su lado semblantes tristes y descontentos. Nada les importa que padezcan, con tal que no lo vean, ni de ello se les hable, porque aun esto les incomoda; de modo que para agradarlos es preciso decirles siempre que las cosas van bien. Mientras que ellos estan engolfados en sus delicias, no quieren ver ni oír nada que interrumpa su contento. Si necesitan reprender, corregir, desengañar á alguno, ó negar lo que pretende un importuno, nunca lo hacen por sí mismos, sino que dan la comision á otro: en tal caso ántes se dejaran arrancar las gracias mas indebidas, y ántes darian lugar á que se perdiesen los mas importantes negocios, que resolverse á decidir confirmenza contra el dictámen de aquellos con quienes han de tratar todos los dias, y esta debilidad es la que estimula á todos á sacar de ella partido: se les insta, se les importuna, se les oprime, y oprimiéndolos por fin se logra. Al principio se les adula, se les incienza hasta insinuarse en su corazon, y obtener á su lado empleos de alguna autoridad, y despues se les maneja y se les subyuga. Suelen los príncipes conocerlo, gimen, y quieren sacudir el yugo; pero es ya tarde, y tienen que soportarle por toda la vida. Zelosos de su autoridad se empeñan en aparentar al mundo que nadie les gobierna; pero el mundo conoce que son gobernados. Ni puede ser otra cosa, porque ellos son semejantes á aquellos delgados vástagos de la vid, que no pudiendo por sí sostenerse, buscan el arrimo de un árbol robusto en que apoyarse.

No quisiera, Telémaco, dar lugar á que tú cayeses en esta flaqueza, que te haria incapaz para el gobierno: tú mismo, que ahora sientes tanta ternura por Ido-

meneo que no atreves á hablarle, no te volverás á acordar de su pena luego que salgas de Salento: no es su affliccion la que te compadece, es su presencia la que te embaraza. Vé, pues, líablale tú mismo, y aprende á ser compasivo y firme á un mismo tiempo: maniféstale el sentimiento que te cuesta dejarle, pero dile con resolucion que es preciso que partamos.

No se atrevia Telémaco ni á oponerse á Mentor, ni á ir á ver á Idomeneo; avergonzábbase de su temor, y le faltaba valor para desecharle: dudaba, daba dos pasos, y al instante retrocedia á esponer á Mentor alguna nueva razon para dilatarlo; mas con una sola mirada le quitaba las palabras de la boca, y hacia que se desvaneciesen todos sus especiosos pretextos. ¿Es este, decia Mentor sonriéndose, es este el vencedor de los Danienses, el libertador de la grande Hesperia, el hijo del sabio Ulises, y el que despues de sus dias debe ser el oráculo de la Grecia? ¿es este? pues vedle ahí tan cobarde, que no se atreve á decir á Idomeneo que no puede dilatar mas la vuelta á su pátria para ver á su padre. ¡Pueblos de Itaca, que infelicidad será la vuestra si llegais á tener un rey, que dominado de una perniciosa vergüenza sacrifique á sus flaquezas, aun por las cosas mas despreciables, vuestros mayores intereses! En esto puedes conocer la diferencia que hay del valor necesario en la guerra al que es preciso en la expedicion de los negocios: tú no temiste las armas de Adrasto, y temes la tristeza de Idomeneo. Esto es puntualmente lo que degrada á muchos príncipes que han hecho las mayores y mas heroicas acciones: despues de ser héroes en la guerra se muestran los mas ínfimos de los hombres en las acciones comunes en que los demas se portan con firmeza.

Conociendo Telémaco la fuerza de estas verdades , y picado de aquella reprension , parte con presteza sin escuchar mas su repugnancia ; pero apénas empezó á entrar en donde estaba Idomeneo sentado , bajos los ojos y oprimido de tristeza , cuando ámbos se empezaron á temer : no se atrevia Telémaco á mirarle , y ámbos se entendian sin hablarse , temiendo el uno que el otro rompiese el silencio , y en este estado rompieron á llorar , hasta que agitado Idomeneo de la acerbidad de su pena , exclamó : ¡ De qué sirve procurar la virtud , si tan mal recompensa á los que la aprecian ! Despues de haberme hecho conocer mis defectos , me abandonan mis huéspedes : ¡ ay de mí ! ¡ cómo sin su apoyo podré sostenerme ! ¡ preciso es que vuelva á incurrir en todos ellos ! ¡ nadie vuelva á hablarme de máximas de gobierno ! me es imposible , me será forzoso abandonarlo todo : ya estoy cansado de los hombres. ¿ Y tú , Telémaco , donde quieres ir ? Tu padre ya no existe , inútilmente le buscas : Itaca está en poder de tus enemigos ; perecerás á sus manos si á ella vuelves ; tu madre estará ya casada con alguno de ellos. Quédate pues aquí , yo te daré mi hija , serás mi heredero , me sucederás en el trono , y aun durante mi vida tendrás un poder absoluto : mi confianza será ilimitada ; y si á todas estas ventajas eres insensible , á lo ménos déjame á Mentor que es toda mi esperanza : habla , responde , no endurezcas tu corazon , apiádate del mas desgraciado de los hombres. ¡ Qué , nada me dices ! ¡ ay de mí ! ¡ ahora sí que conozco cuan enemigos me son los dioses ! ahora , me son mas crueles que cuando en Creta quité la vida á mi propio hijo.

Llegó en fin el caso de que Telémaco le respondiese aunque con voz trémula : Yo no soy dueño de mí mismo ;

el destino me llama á mi pátria ; y Mentor , que tiene todo el saber de los dioses , me ordena en su nombre que vaya. ¿ Qué quereis , pues , que haga ? ¿ Renunciaré para siempre á mis padres y á mi pátria , que aun debe serme mas cara ? Habiendo nacido para ser rey , no debo acostumbrarme á una vida sedentaria y tranquila , ni á seguir mis inclinaciones. Vuestro reino es mas rico y mas poderoso que él de mi padre : sin embargo yo prefiero él que los dioses me destinan al que vos teneis la bondad de ofrecerme. Yo me tendria por dichoso en que fuese mi esposa Antiope aun sin la esperanza de un reino como el vuestro ; pero para merecerlo es necesario que vaya adonde mis obligaciones me llaman , y que sea mi padre él que os la pida. ¿ No me prometisteis restituirme á Itaca ? ¿ No me uní en virtud de esta promesa con los aliados para pelear contra Adrasto ? Tiempo es ya que piense en reparar mis desgracias domésticas. Los dioses me han entregado á Mentor , para que dirigiéndome me haga digno del destino que me reserva el hado. ¿ Y queréis que yo pierda á Mentor despues de haberlo perdido todo ? Ya no tengo bienes ni retiro , padres ni pátria segura : solo me resta un amigo sabio y virtuoso , que es el mas precioso don de Júpiter. Juzgad vos si deberé privarme de él , ni consentir que me abandone ; ántes recibiera la muerte : quitadme la vida , que la vida es nada ; pero no me quiteis á Mentor.

Al paso que Telémaco hablaba , iba esforzando la voz , y desapareciéndose su timidez ; mas Idomeneo ni sabia que responder , ni se resolvía á aprobar las razones de Telémaco : y no dejándole el conflicto articular palabra , procuraba á lo ménos con sus miradas y acciones moverle á compasion. En aquel momento

vió llegar á Mentor , el cual le animó con unas notables palabras.

No os aflijais porque os dejamos , que la sabiduría que preside á los consejos de los dioses presidirá tambien á los vuestros : agradeced , sí , á Júpiter la dicha de que nos haya enviado á salvar vuestro reino , y restituiros al camino de que os habíais estraviado. Ya por nuestro consejo habeis restaurado á Filocles : no dudeis de su fidelidad , ni temais que huyan de su pecho el temor de los dioses , el amor á la virtud y á vuestros pueblos , ni la compasion á los infelices. Oidle , y servios de él con seguridad y sin recelo. El mayor servicio que de él podréis exígir será que os haga presente con franqueza todos vuestros defectos , y á ello le debeis obligar. La grandeza de alma de un buen rey consiste en buscar verdaderos amigos que le hagan notar sus defectos. Con tal que así lo hagais , para nada os somos necesarios , y seréis feliz. Pero si la lisonja , que se desliza como una serpiente vuelve á encontrar el camino de vuestro corazon para haceros sospechosos los consejos desinteresados , entónces seréis perdido. No os dejéis rendir del dolor , esforzaos á seguir la virtud. A Filocles he instruido de cuanto debe hacer para aliviarnos , y para no abusar nunca de vuestra confianza : á vos os le han dado los dioses como á mí han dado á Telémaco. Cada uno debe seguir animosamente su destino : inútil es alijirse. Si en algun tiempo me necesitaseis , despues que haya devuelto á Telémaco á su padre y á su pátria , os ofrezco volver á veros. ¿ En qué podria yo hallar mayor complacencia ? Yo no deseo riquezas ni autoridad , sino ayudar á los que buscan la justicia y la virtud. ¿ Podré yo olvidar jamas la confianza y la amistad de que me habeis dado tantas pruebas ?

Estas palabras trocaron de improviso á Idomeneo , y así sosegáron su espíritu como sosiega Neptuno con su tridente las olas irritadas y las tormentas : solo le quedaba un sentimiento apacible , sentimiento mas de amor que de dolor. Volvió á renacer en su pecho el esfuerzo , la confianza , la virtud y la esperanza en el favor de los dioses.

Estoy resuelto , le dijo , mi querido Mentor , á perderlo todo ántes que la constancia y el valor ; pero á lo ménos acordaos de Idomeneo cuando esteis en Itaca , donde vuestra sabiduría os colmará de prosperidades. No os olvideis de que esta ciudad es obra vuestra , y de que dejais en ella un rey desgraciado , que solo en vos espera. Anda , digno hijo de Ulises , ya no me opongo á que partas , ni pienso tampoco oponerme á los dioses , por mas que me priven del inestimable tesoro que en vos poseía. Y vos , Mentor , el mas grande y mas sabio de todos los hombres (si es que en la humanidad cabe lo que en vos he visto , y si es que no soís una divinidad , que habeis tomado esta forma para instruir á los hombres débiles é ignorantes) , andad , conducid al hijo de Ulises , mas feliz en teneros , que en ser el vencedor de Adrasto : perdonad que los sollozos no den lugar á las palabras : andad , vivid y sed felices juntos : ya no me queda en el mundo otro consuelo que la memoria de haberos tenido aquí. ¡ Felices dias ! ¡ dias de inestimable valor ! ¿ porqué tan rápidamente pasasteis para no volver jamas ? No , jamas volverán , ni mis ojos volverán nunca á ver lo que estan ahora viendo.

Tuvo Mentor este momento por el mas á propósito para partir : abrazó á Filocles , el cual esplicó con sus lágrimas el sentimiento que ataba la lengua. Quiso Telé-

maco asir á Mentor de la mano para salir de las de Idomeneo; pero este se puso en medio de ámbos, y les acompañó hasta el puerto: les mira, gime y principia muchas palabras sin poder acabar ninguna.

Entretanto se oye la confusa gritería de la marina: tesan las jarcias, izan las velas y empieza á soplar el viento favorable. Telémaco y Mentor se despiden del rey, que les estrecha entre sus brazos, y despues les sigue con los ojos hasta que el bajel se pierde de vista.

FIN DEL LIBRO VEINTE Y TRES.

LIBRO VEINTE Y CUATRO.

SUMARIO.

Durante la navegacion hace Telémaco que Mentor le explique varias dificultades que se le ofrecian acerca del modo de gobernar con acierto; y entre otras la de conocer á los hombres para servirse de los buenos, y no ser engañado de los malos. Al acabarse la conversacion, les obligó el mar á dar fondo en una isla donde acababa de llegar Ulises. Le vé Telémaco, y le habla, pero sin conocerle; mas luego que le vé reembarcarse, siente una secreta conmocion sin atinar con la causa: esplica-sela Mentor, le consuela, le asegura que pronto disfrutará de la compañía de su padre, y prueba su piedad y su paciencia retardando su partida para hacer un sacrificio á Minerva. En fin deja la diosa la figura de Mentor, permite que Telémaco la conozca, le da las últimas instrucciones, y desaparece; despues de la cual llega Telémaco á Itaca, y encuentra á Ulises su padre en casa del fiel Eumeo.

YA se empiezan á henchir las velas, levan el áncora, y la tierra parece que huye. El experimentado piloto percibe desde léjos los montes de Leucata (1), cuyas em-

(1) Leucata es un promontorio del Epiro.